

EÇA DE QUEIRÓS  
RAMALHO ORTIGÃO

EL MISTERIO  
DE LA CARRETERA  
DE SINTRA

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS  
DE CARMEN MARTÍN GAITE

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *O misterio da estrada de Sintra*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1999, 2006, 2021 by Herederos de Carmen Martín Gaité  
© de esta edición, 1999, 2006, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-43-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6742-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernació*

PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *abril de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
RELACIÓN DEL DOCTOR	17
INTERVENCIÓN DE Z.	77
DE F... AL DOCTOR	89
SEGUNDA CARTA DE Z.	123
RELATO DEL ENMASCARADO ALTO	133
LA REVELACIONES DE A. M. C.	247
LA CONFESIÓN DE ELLA	291
CONCLUYEN LAS REVELACIONES DE A. M. C.	353
ÚLTIMA CARTA	367



## PRÓLOGO

El día 23 de julio de 1870, el *Diario de Notícias* de Lisboa insertaba una nota de última hora que decía así: «A punto de cerrar nuestra edición, hemos recibido un escrito singular. Se trata de una carta sin firma enviada por correo a nuestra Redacción. En ella se inicia una narración estupenda acerca de un horrible y misterioso suceso. El interés que despierta y su calidad literaria nos determinan a transcribir íntegro tan interesante documento, cosa que haremos mañana domingo.»

Y, efectivamente, al día siguiente, 24 de julio, el pueblo de Lisboa, que se disponía alegremente a presenciar un desfile conmemorando la entrada del Ejército liberal, vio sobresaltada su habitual modorra con la lectura de aquella primera noticia aportada por un incógnito doctor X, al parecer testigo, y en parte protagonista, del sensacional misterio que ya desde aquel mismo día se empezó a conocer como «El misterio de la carretera de Sintra», pues en mitad de dicha carretera, entre São Pedro y Cacém había tenido lugar ese primer episodio. Aquella entrega iba acompañada de una nota de la Redacción

donde decía: «Publicamos hoy la carta anunciada. La persona que nos la ha dirigido promete seguir.»

El martes 26 se publicó la segunda carta del doctor X, acerca de aquel caso «que tanto está prendiendo—comentaba el periódico—la atención de nuestros lectores».

De hecho, ya el día 27 la expectación del público y su curiosidad por el caso eran tan grandes que el periódico, al insertar en la sección correspondiente la tercera entrega, se vio obligado a puntualizar: «Se nos han dirigido verbalmente y por escrito innumerables preguntas acerca del insólito misterio que esta relación encierra. Desgraciadamente, ninguna aclaración podemos añadir a la mera transcripción de las cartas que vamos recibiendo, pues no sabemos nada más que lo que ellas mismas dicen.»

Progresivamente, la narración se fue ramificando y engrosando con la adición de cartas enviadas por nuevos personajes implicados, cuyas declaraciones no hacían más que desorientar acerca de la posible verosimilitud y alcance de aquel caso. Sin embargo, mucha gente tardó en darse cuenta—y algunos no se la llegaron a dar—de que se trataba de una novela, hasta el punto de que, junto a las cartas apócrifas que se iban publicando y que componen la trama de la narración, se recibieron también otras de personas de carne y hueso obsesionadas por la lectura, como la de un tal João Viegas Ferraz, quien declaraba haber visto parado cerca de Cacém un coche de caballos

que bien pudiera ser el de los enmascarados que asaltaron al doctor X, y haber encontrado tirado por el suelo un objeto de oro que describía por si acaso pudiera pertenecer a algunos de los personajes envueltos en aquel misterio. También hubo gente que, recelosa de posibles emboscadas, dejó de ir a Sintra por aquellas fechas; y se corrió la voz de que el gobernador civil de Lisboa había llegado a enviar al Ayuntamiento de Sintra una orden para que se procediera a las averiguaciones policíacas pertinentes. Aunque, según parece, esta última noticia no pasaba de ser una patraña como otras varias que propalaban ingeniosamente a troche y moche, con el fin de enmarañar aún más las cosas, los propios autores de todo aquel tinglado narrativo que por espacio de dos meses mantuvo en jaque a cuantos portugueses leían el periódico y que, después de muchos tumbos, desmesuras, quiebros e inexactitudes, vino a concluirse aportando definitivos testimonios de culpabilidad y a ser firmado en 27 de setiembre de 1870 por quienes gustosamente salían del anonimato y, como esos actores que, a disfraz depuesto, se adelantan de la mano a saludar desde las candilejas, declaraban con sonrisa benévola ser los artífices de aquella broma, así como, por fin, sus nombres verdaderos: José Maria Eça de Queirós y José Duarte Ramalho Ortigão.

Estos dos escritores, el primero de los cuales —como es sabido—llegó a ser el novelista más importante en lengua portuguesa, mientras su compa-

ñero no pasó nunca de una discreta medianía, alimentaban a la sazón juveniles sueños de gloria literaria y, a través de estas ilusiones compartidas y mutuamente confesadas en charlas sobre libros, viajes y política, habían anudado una íntima amistad que estaba llamada a durar tanto como sus vidas.

Ramalho Ortigão, a pesar de que en el entusiasmo y en las ansias de renovación literaria no le iba en zaga a Eça, era bastante más viejo que él, se había formado como crítico literario y periodista en el *Jornal do Porto* y, a pesar de un cierto aire de dandismo ligeramente enciclopédico que sacó en limpio de un viaje a París en 1867, sus preferencias estaban ancladas en el primer romanticismo y su estilo, presidido por criterios positivistas y de eficacia social, adolecía de cierto tono moralista y didáctico, posiblemente residuo de su labor como profesor en un colegio de Porto, de donde hacía un año que acababa de llegar a Lisboa con un puesto en la Real Academia de Ciencias.

Eça de Queirós, abogado reciente por la Universidad de Coimbra, delicado, imaginativo, sensible y fascinado por las literaturas extranjeras, de cuyas novedades estaba bastante al tanto, acababa de regresar a Lisboa a los veinticuatro años, de un largo viaje por Oriente, del cual traía muchas ganas de contar cosas y cierto halo de prestigio cosmopolita que, ya de entrada, suponía un privilegio para destacar en el seno de la mortecina sociedad lisboeta,



aparte de que a él le ayudaran particularmente la audacia de su ingenio y cierta pose de dandi escéptico y mordaz.

A lo largo de la correspondencia que en años posteriores habían de mantener regularmente los dos amigos, cuando a Eça le alejaron del país sus cargos diplomáticos, se descubre que Ramalho sin Eça no sabía por dónde se andaba y que desde que se conocieron—a pesar de la diferencia de edad—en Ramalho, robusto provinciano, eterno nostálgico de su región del Minho, amante de la caza y de la pesca y, en definitiva, hombre de buen sentido, a pesar de sus *toilettes* un tanto llamativas, se había encendido de manera fulminante la admiración, las capacidades de renovación literaria, el talento y el buen gusto de Eça, que juzgaba, con tanta modestia como justicia, superiores a los suyos. Esta admiración no hizo más que acrecentarse con los años, lo mismo que la generosidad de Ramalho para proclamarla sin ambages, sobre todo después de que la tuberculosis viniera a arrebatarle a su enfermizo amigo, tan decimonónico él que sólo de refilón se quiso asomar al siglo xx. Así, cuando en noviembre de 1903, tres años después de la muerte de Eça, fue inaugurado en la plaza de Quintela de Lisboa el monumento en su memoria, cincelado por Teixeira Lopes, Ramalho, dominando su inveterada repugnancia para intervenir en actos públicos, hizo un panegírico emocionado del amigo que tanto le in-

fluyera y a quien tanto había querido. «Nací bajo su mismo signo del zodíaco—dijo, como si gustara de atribuir sus afinidades a esas coincidencias—, justo un día antes que él; pero ésa fue la única cosa en que logré aventajarle nunca.»

En efecto, Ramalho le llevaba a Eça nueve años casi cabales, ya que habían nacido, respectivamente, el 24 y el 25 de noviembre de los años 1836 y 1845. Es decir, tenían uno treinta y cuatro y el otro veinticinco aquel verano de 1870 cuando, sentados una noche en el Paseo Público frente a sendas tazas de café, decidieron reaccionar contra el estancamiento del retorno y empezaron a pergeñar la idea de escribir en colaboración aquella misteriosa novela por entregas. De momento, ni uno ni otro tenían nada mejor que hacer y Eça hasta unos días después no salía para Leiría, donde luego tomó posesión del cargo de alcalde. Pero entonces no calcularon lo que esta inminente separación veraniega—el uno escribiendo sus entregas en Leiría y el otro en Lisboa—iba a dificultar la colaboración (no habiendo, como no había, ferrocarril ni mucho menos teléfono para poder ponerse de acuerdo en los detalles y dificultades que surgieran), ni pensaron tampoco en que la novela que posteriormente resultase de aquel proyecto nocturno podría adolecer de las imperfecciones en gran medida achacables a esa dificultad de acompañarse que se derivó de la separación veraniega. No, no pensaron en nada porque eran in-

conscientes y audaces y porque se querían divertir; se les ocurrió simplemente dar pasto al público para el día siguiente, se les ocurrió en un raptó de entusiasmo, de repente, y pusieron manos a la obra sin más. «No se trataba de que nos premiasen con la Encomienda de Santiago ni con el ingreso en la Academia—cuenta Ramalho en una ocasión, como acometido por el afán, que también tuvo Eça a veces, de justificar esta empresa de juventud, de la cual, sin embargo, les había quedado a ambos tan buen recuerdo—. Simplemente queríamos que la gente leyese aquello. Llegar desde nuestra oscuridad a un público entumecido, obligarle a hacer un esfuerzo para sacudir su modorra y ayudarle a que él llegase también a nosotros, lanzarle aquel cable desusado y extraño, herir su atención. Uno de nosotros—ya no me acuerdo cuál—empezó a tomar notas sobre la marcha. Luego le pasó la pluma al otro... Escribíamos de un día para el siguiente, improvisando, obligados a sacar adelante como fuera aquello que habíamos iniciado.»

Resulta comprensible que una obra concebida y emprendida en semejantes términos resulte incongruente, desordenada, híbrida, plagada de inexactitudes y repeticiones, desorbitada e inverosímil. Pero ya queda dicho que ninguno de los portugueses que leyó la primera entrega pudo abandonar la lectura hasta el final. Y el hecho de que hoy siga ocurriendo lo mismo es un tanto a favor de la inne-

gable calidad de la obra, que fue imprimida en volumen al poco tiempo de su publicación por entregas y obtuvo un gran éxito. En el prólogo que escribió Eça para la segunda edición, en 1884, cuando ya era un escritor famoso, a pesar de juzgar con severidad la novela y llegar a decir que es «execrable», reconoce que significó un acto de rebeldía e independencia que puede considerarse como positivo. «En el Arte—dice—la indisciplina de los jóvenes, su resistencia a la imitación de las corrientes tradicionales, resulta indispensable para fortalecer la inventiva, el poder creador y la originalidad. Para ser ponderados, correctos e inmóviles, de sobra nos queda tiempo en la madurez.»

Pero, además, es que en *El misterio de la carretera de Sintra* hay otro tipo de aciertos, a mi entender todos debidos a la pluma de Eça de Queirós, que resplandecen a través del desmaño aparente de las apresuradas informaciones. Me atrevería a decir que no sólo es una buena novela policíaca, sino que en algunos pasajes pueden rastrearse importantes gérmenes de una buena novela psicológica. Por ejemplo, en el tipo de la condesa—que, además, también se llama Luisa—hay un claro boceto de uno de los tipos femeninos mejor tratados posteriormente por la pluma de Eça de Queirós, la Luisa de *El primo Basilio*. Y hay también una intención de satirizar la novela folletinesca que hacía furor en la época, sin dejar de conservar, por ello,

el esquema folletinesco, desdoblamiento que revela una madurez poco común.

No en vano Camilo Castelo Branco habría de decir en 1886 de esta novela que fue «pionera de la reforma de las letras indígenas hasta el punto de poder afirmar que la revolución estilística de Portugal arranca de ella».

He querido respetar en la traducción, la frescura que tiene de apuntes o crónicas de urgencia para el público voraz que las esperaba, y sólo en algunos casos me he atrevido a limar un poco los defectos del lenguaje. En cuanto al tono sombrío y posromántico de alguna de las descripciones finales, también lo he conservado lo mejor que he podido en mi versión al español, pensando que puede tener, cuando menos, un valor documental.

*Julio de 1974*

CARMEN MARTÍN GAITE



## RELACIÓN DEL DOCTOR





Señor director del *Diario de Noticias*.

Quiero someter a su consideración un caso realmente extraordinario en el que me he visto implicado como médico, con el ruego de que el relato que voy a confiarle, al menos resumido o de la forma que considere usted más oportuna, vea la luz en las páginas de su periódico.

Los acontecimientos a que voy a hacer referencia son de tal envergadura y están rodeados de tanto misterio, revestidos de una tal apariencia de crimen, que estimo importantísima la publicidad de mis declaraciones como posible clave para el esclarecimiento de un drama, que adivino terrible, aun cuando no conozca más que uno de sus actos e ignore por completo tanto las escenas que lo provocaron como las que haya podido desencadenar.

Hace tres días, mi amigo F. y yo regresábamos a caballo de una finca que tiene él en los alrededores de Sintra. Los caballos que montábamos eran de esa finca, donde habíamos pasado juntos unos días, y de devolverlos a ella se tenía que encargar cierto

criado suyo que nos estaba aguardando desde la víspera en Lisboa.

Al atardecer nos habíamos metido por un descampado. La melancolía de la hora y del paraje aquel se nos habían contagiado y cabalgábamos al paso, silenciosos, embebidos en la contemplación del paisaje.

Más o menos a mitad del camino entre São Pedro y Cacém, en un lugar desierto, como todos los puntos del descampado que atravesábamos, y cuyo nombre desconozco porque he ido poco por esa carretera, vimos parado un carruaje. Era un *coupé* pintado de oscuro, verde y negro, tirado por dos caballos castaños. El cochero, que no llevaba librea, estaba apeado de cara a ellos y de espaldas a nosotros. Había otros dos individuos en cucullas, con el aire de estar examinando atentamente aquellas ruedas que entorpecían un poco el paso por allí; y algo más apartado, también de espaldas a nosotros, un cuarto personaje que parecía afanado en buscar algo junto al muro de enfrente, tal vez una piedra para poder calzar el coche.

—Claro—comentó mi amigo—, con tantos baches como hay, seguramente se les habrá desencajado alguna rueda o puede que se les haya roto el eje.

Nos disponíamos a pasar en ese momento por entre los tres bultos que he dicho antes, y apenas había tenido tiempo mi amigo de terminar su frase, cuando mi caballo se encabritó, dio media vuelta re-

pentinamente y cayó al suelo de bruces. El hombre que estaba junto al muro y en el cual casi no había yo reparado, entretenido como estaba mirando para el coche, había sido el causante de tal incidente al agarrar de improviso y con desusada fuerza las riendas que quedaban colgando hacia aquella parte, al tiempo que, de una patada en el flanco del caballo, nos despedía en dirección opuesta. Así que al animal, un potro de pocos arrestos y por añadidura mal montado, le fallaron las patas, como consecuencia de aquel viraje forzoso e inesperado, y dio con sus huesos y conmigo en tierra.

El desconocido, empuñando vigorosamente las riendas, lo volvió a incorporar y, mientras me ayudaba también a mí a levantarme del suelo, me preguntaba con el mayor interés si me había hecho daño en la pierna que el caballo en su caída me pillara debajo. Su voz tenía esa entonación característica de las personas de esmerada educación y también la mano que me ofreció era una mano fina. El rostro lo llevaba oculto bajo un antifaz de satén negro. Creo recordar que en el sombrero le vi una cinta de luto. La maniobra que había hecho para derribar mi caballo dejaba bien de manifiesto que se trataba de un hombre fuerte y ágil en extremo.

Me levanté agitadamente y, antes de haber tenido ocasión de decir una palabra, me di cuenta de que, coincidiendo con nuestra caída, se había trabado una pelea entre mi compañero y los otros dos in-

dividuos que fingían estar examinando las ruedas del coche y que, por cierto, también llevaban el rostro tapado por antifaces.

—¡Ponson du Terrail puro!<sup>1</sup>—dirá usted, señor director.

Y efectivamente es así. Hasta en plena carretera de Sintra parece como si a veces la vida se permitiera el capricho de mostrar una faz más novelesca incluso de lo que exigen los límites de la verosimilitud literaria. Pero aquí no se trata de hacer literatura, sino de narrar estricta y llanamente unos hechos.

Mi amigo F., al darse cuenta de que uno de aquellos desconocidos le había sujetado de improviso el caballo por las cinchas, le obligó a soltar su presa descargándole un latigazo en la cabeza con la punta de la fusta, pero el otro enmascarado se apresuró inmediatamente a arrebatársela de las manos. Ninguno de nosotros dos venía armado; pero mi amigo, en el entretanto, se había sacado del bolsillo una llave grande de su casa de Sintra y la esgrimía, mientras espoleaba al caballo y se adelantaba sobre su pescuezo, con el propósito de darle en la cabeza al otro enmascarado que lo estaba agarrando ahora por las cinchas. El cual, sin soltarlas, con una de sus

1. Pierre Ponson du Terrail: novelista francés muerto en 1871, autor de varios folletines y de los farragosos *Exploits de Rocambole*, muy en boga en la época en que Eça y Ramalho escribían la presente novela. Hay una evidente crítica a este tipo de literatura folletinesca en la alusión. (*N. de la T.*)

manos, apuntó un revólver con la otra hacia la cabeza de mi amigo, al tiempo que le decía con toda serenidad:

—¡Calma, calma, no se acalore!

A todas éstas, el que recibió el latigazo, que se había quedado por unos instantes apoyado contra la portezuela del coche, más atontado que herido porque la fusta era de ballena rematada por una simple trenza de crin, ya se había incorporado y recogido del suelo su sombrero. El otro, o sea el que me tiró a mí y luego me ayudó a levantar, había dejado ver que llevaba al cinto un par de pistolas pequeñas con culatas de plata, de esas que en Francia se llaman *coups de poing* y que atraviesan una puerta a treinta pasos. Luego me ofreció cortésmente el brazo, al tiempo que me decía con amabilidad:

—Creo que le será más cómodo aceptar un sitio en nuestro coche que volver a montar a caballo o que ir renqueando de aquí a la farmacia de Portacalhota con la pierna magullada.

No soy de los que se achantan fácilmente a la mera vista de un arma porque ya se sabe que de amenazar con un tiro a descerrajarlo, va un abismo. Yo la pierna, aunque la tenía resentida, la podía mover, y mi amigo montaba un caballo brioso; los dos somos fuertes; podríamos resistir por lo menos diez minutos o un cuarto de hora y en ese tiempo malo habría de ser que, por una carretera tan frecuentada como lo es por ese trecho la de Sintra, no pasase al-

guien que nos pudiera prestar auxilio. Pero tengo que confesar que, en el fondo, lo imprevisto de aquella aventura me estaba atrayendo mucho.

Ningún suceso ni avatar de nuestra vida pasada permitían, por otra parte, suponer que alguien pudiera tener interés en ejercer violencia de ningún tipo contra nosotros. Tampoco me daba la impresión de que la conducta de aquella gente denotara móviles de robo y menos de homicidio, aunque en aquel momento no hubiera podido razonar el porqué de esta intuición. No había tenido tiempo para observarlos por separado ni por menor, apenas si les había oído pronunciar fugazmente unas palabras sueltas, y, sin embargo, parecían gente fina. Ahora que paso revista con distancia y serenidad a todo lo acontecido, comprendo que mi suposición se basaba en varios detalles aislados que, aunque fuera de pasada y sin ánimo de análisis, no escaparon a mi atención. Me acuerdo, por ejemplo, que el forro del sombrero que se le cayó a uno de los enmascarados que lucharon con mi amigo era de satén gris perla; el otro, el que le apuntó con el revólver, llevaba una mano enguantada y el guante era de color plomo, con dos botones. El que se las había habido conmigo tenía un pie fino y calzaba botas de charol; llevaba unos pantalones de cachemir color avellana muy ajustados, con hebillas y espuelas.

A pesar de que yo me inclinaba a no seguir ofreciendo resistencia y a subir al coche, le pregunté a